

XXIII  
LAS DE GALLOCANTA



**H**elíaca remonta hasta la torre con los últimos destellos del sol y se posa sobre una de las vigas metálicas junto al nido abandonado. No hay ramas verdes, ni plumón, ni pelo de conejo. Los viejos palos de la primavera anterior están cubiertos de una gelatina naranja. El nido, saturado de agua, huele a árbol muerto. Ninguna silueta oscura adorna la torre de enfrente, ni la de más allá, ni la siguiente. Las torres se alejan hacia la sierra en una peregrinación de acero, sin vida y sin memoria. Nada recuerdan de aquellas largas jornadas de espera en solitario, de los amaneceres y ocasos con su ir y venir de grajillas y abejarucos; del tacto azulado de las torcazas en los cables de acero.

Aquellas torres malévolas que la vieron nacer y la quisieron matar solo parecen entenderse con los trenes rojiblan-  
cos que, pase lo que pase, no dejan de pasar haciendo ruido y pidiendo silencio: *shhhhhhhh...*

Ya de noche cerrada, se empiezan a oír las grullas, muy alto. Helíaca no sabe qué son ni a dónde van, pero le asombra que puedan volar tan alto y tan de noche.

*Gru, gru, gru*, se llaman unas a otras.

«¿Quiénes son?»

«¿A dónde van?»

El último tren de la noche huye del campo a la ciudad como un gusano luminiscente buscando su refugio de luz. Al mismo tiempo, por algún lugar del espacio sigue pasando el tren de las grullas. Helíaca alza el vuelo hacia su estela sonora montando de cola hacia las zancudas que se van, que se van, con su *gru, gru, gru* surcando el aire negro de la noche. Vuela a través de la oscuridad manchada de luz hasta que le es imposible seguir tomando altura; pero no puede quedarse atrás, así que las sigue desde abajo, en paralelo, más cerca de las copas de las encinas que de los lejanísimos gruídos. Las sigue a duras penas por la noche desvelada de la ciudad hasta que no hay más que monte a su alrededor; hasta que la oscuridad despierta a las estrellas que van abriendo sus afilados ojos aquí y allá, y que acaban siendo tantas que apenas si caben en la bóveda celeste. El aire también es distinto, más frío y más duro. Su desorientación, total.

Helíaca sigue bogando entre las estrellas, mojada en ellas, con el estómago en un puño por temor a perder la noción de sí misma en el espacio y caer hecha un manojo de plumas, como dicen que le pasó a Santos Pistacho, el alcaraván de Burgos.

Silencio.

«¿Hola? ¿Dónde estáis?»

«¡Esperadme! Soy yo, Helíaca».

Helíaca está cagadita de miedo: allí arriba, sola, perdida, sin saber a dónde mirar para no perder el equilibrio, porque no sabe aún de constelaciones y aquella infinitud de estrellas, reflejadas sobre el agua, le impide imaginarse a sí misma en relación al suelo y al cielo. No logra distinguir el uno del otro, pero sigue volando con los hombros a punto de reventar del esfuerzo, a ciegas, guiada únicamente por el viento frío de la noche, un viento norte perfumado de escarcha.

«¿Y las grullas?»

Ni rastro de ellas.

De pronto, un sobresalto.

Hay alguien detrás, en su flanco derecho.

Helíaca no identifica aquella presencia. Quiere huir pero ¿a dónde?, ¿desde dónde? Helíaca no puede permitir que aquello la azore y le haga perder su ya precario equilibrio. Comprende que cuanto más quietas estén las estrellas, más estable será su vuelo.

«Tú mira a la estrella que sopla».

Helíaca no se atreve a mirar de reojo, siquiera, a aquel pájaro o espíritu que jadea a media brazada de su ala derecha. Se acuerda del águila del sueño, Mariaire. Se acuerda de su padre.

«¿Eres tú?»

*Gru, gru, gru,  
no te salgas de la U,  
no pierdas el rebú.*

Son las propias grullas, que de cuando en cuando se quedan calladas para orientarse escuchando el lejano rumor de los mares. Venían de los campos de Cuerlas, Bello y Tornos, de los páramos salados de la Laguna de Gallocanta en Teruel, y se dirigían a sus humedales de cría en Escandinavia.

—De *acú* —responde Helíaca en falsete para que no se asusten. Y se queda cerrando el brazo derecho de la uve, respondiendo con las zancudas a la voz del marca que desde la otra popa pregunta a pleno pulmón:

*¿Qué somos?*

*gru, gru, gru*

*Y nos vamos a...*

*Norú, ru, ru*

*No salgamos de...*

*La U, U, U...*

Y allí va Helíaca con las grullas. Hacia Noruega. Sin salirse de aquella cuña gigante que cruzaba Europa espantando con sus arrullos los fantasmas de la noche.

Pero claro, Helíaca ni es una grulla ni se le ha perdido nada tan al norte, ni tampoco es lo suyo volar en formación. Así que con el primer destello de la alborada se despide de las de Gallocanta y vira hacia el sur con un par de nociones aprendidas sobre navegación nocturna.